

# Arte y literatura

## Pulchra Legionensis Domus

Al amigo D. Cándido Escudero Rodríguez, Teniente Hdo. del C. J. M.

Murió el temporal; se hizo de noche. Lucen las estrellas; luz de plata vieja que salpica el manto de la obscuridad. Todo el cielo brilla: Tapíz recamado que ángeles tejieron, para así guardar, del frío relente que la noche da, esa maravilla que tiene León.

Va hacia el infinito, la fábrica toda de la Catedral, semeja un ejército de pétreas lanzas aplicando al cielo: único camino para hallar su alma, con serenidad.

Esa mole gótica de gracia tan llena, es fé medieval: Esa fé ardiente, que en España siente el pueblo leal.

Todo sobra en Ella, menos una cosa, que es la Catedral. Su belleza, es Ella: Sencillez sublime y recia armonía, que logran la piedra—blanca y suave—y los ventanales—de bellos cristales—que huelen a Historia.

La belleza emana, de su unidad; de su alegría, de su juventud, ya que siendo Grande, logró ser sencilla. Sus líneas son rectas—flechas hacia el cielo—que le dan carácter, fuerte y varonil: Carácter de raza, que vive en León. Carácter, que ignoran otras catedrales que al mundo pregonan su fama inmortal. Al mundo que ignora, lo mucho que vale, lo que hay en León.

Tal vez, en lucero, de esos que la guardan en noche eternal, viva nuestro César; que se alegre en Ella, al ver hecho eternas—gracias a la piedra de esta Catedral—todas sus ideas, sobre la Unidad.

Luego de una noche, de esas larga y fría, cual son las de invierno, amaneció el día.

Todo ha recobrado su valor real: Vírgenes y Santos, cosas de leyenda y de santidad; plantas y animales, todo un mundo de seres reales, e irreales, de esos que se hacían en las puertas y en los ventanales de las catedrales.

En ellos, hay algo de encanto y mucho de olvido.

Huyeron quimeras de visión nocturna, dulce poesía las hizo alejar; fué Santa María, llamada «La Blanca», por ser su color.

Resumen es Ella, florido y hermoso, del gótico puro. Divina es su gracia, sutil la sonrisa, que en el parteluz, de la Catedral, bendice y sonríe, al que la contempla; si su alma, sonríe.

Cuentan los papeles de las viejas crónicas, que su fundador fué Ordoño II; que la destruyó en el siglo X, aquel gran Califa que de sus victorias, el polvo guardaba, para su mortaja; que la restauró, con gracia señora, como tiene ahora, Don Pelayo II, obispo de los leoneses; que...

Mas, todo eso se pierde en la lejanía de nuestra razón, cuando se penetra en la maravilla de la Catedral, que tiene León.

Si al estar en ella, cerramos los ojos, vemos cual suave luz que brilla. Plegaria, que creó la fé de los vidrieros de aquel siglo XIII; que debieron ser ángeles, como los del cielo.

Todo es claridad—que refleja el alma. Lumbrè, misteriosa; pasión, de la luz. Místico amor, que a Dios nos acerca, alegrando al alma que así lo comprende.

Al abrir los velos, que cubren los ojos, lo que nos rodea, es canto de fé, hecha luz, que alumbrá: Música encantada de hermoso color.

Luz, que se convierte en exaltado rezó del alma, hacia la Luz divina. Luz, que ha descendido para iluminarnos y así comprender, el sublime encanto del verbo divino, cuando habla Jesús. Luces del espíritu, de materia eterna. Luz, que es luz divina, que guarda el secreto de toda alegría: Formado de luz, que vive de Ella, para ser la Luz.

¿Son la sensación de lo más sublime, o leyendas mágicas de pura ilusión? Quien sabe, que son, esos ventanales de bellos cristales, de la Catedral, que tiene León.

Jardín delicioso de lirios de oro, que al rozar suave esa brisa cálida de un aire ligero, produce tal música, que os hace sentir dulces armonías, mientras el ambiente de fino polvillo—de plata y de todo—nos ciega y atrae.

Graves personajes, santos y guerreros, con trajes insignes—de riquezas llenos—van por el jardín de oro y de plata que baña la luz. Grave melodía, música lejana, de vida y amor.

Bellas lacerías, de las que se usaban sobre los aceros de bruñidos cascos en duros torneos, enlazan escudos de tierras hermanas, escudos, de todas las tierras de España. Escudos, que tienen perfumes, de santa hermandad.

Cientos de arco iris, a todo color, prestan al jardín, a los personajes y a las lacerías, el albo plumaje, de algo ideal; que hace soñar. Sueño que convida a un largo soñar, a un gozo del alma; que es eternidad...

Eso, inexplicable, es lo que uno ve y no acierta a ver, cuando allí se encuentra, prendido de aquello, que es luz, y no es luz.

Todas sus paredes—de la transparencia que tiene el cristal—son los ventanales de ricos matices, de la Catedral. La piedra es, en ellos, cosa inmaterial; alma, de su alma.

No tiene paredes, dicen en León: *Pulchra Leonina* es un diamante, en cuyo interior, mágicos artifices hicieron un templo, que adora a Dios. Todo el templo, es eso, mística oración, como luz divina que al Apóstol Pablo, en aquel camino que a Damasco iba, un día cegó.

No es cosa de niños, es cosa mayor: Casi dos mil metros cuadrados de vidrio—a todo color—cubren, ciento y más ventanas, con sesenta rosas, tres, a todo honor; dos, son rosetones que hay en el crucero; dicen que el tercero, es la maravilla de la Catedral, cuando sus reflejos dan en los cristales que guardan al coro, para que allí dentro, no penetre el mal.

Rica colección, cual otra no existe: Humildes maestros diz que la crearon; obreros de alma, para cosas de alma.

Hasta aquí, fuí una oración que sale del pecho de un buen caballero. Cual ella, he subido, he ido ascendiendo por una escalera que hay de caracol; perfecta, cual toda es esta canción, de piedra y de vidrio, que he visto en León.

Subí a la alta torre, por esa escalera hecha en espiral, rimando con la unidad—equilibrada—de la espléndida fábrica de la Catedral.

Desde aquella altura, do hace su nido el ave que ostenta el escudo—escudo Imperial—nos dice ese templo de fino cristal, los dulces secretos de bellos encajes, que hay en los remates de sus cresterías: agujas de piedra, que ha tiempo cosieron, esas filigranas de los ventanales, casi inmateriales.

Cruzan por el cielo, rozándonos casi, dejándose un rastro de luz muy fugaz, los grajos, señores y dueños de todo el misterio que hay en los rincones, de esta soledad. Quién fuera cual ellos y así poderlos, adivinar.

Lejos va la vista; cabe la montaña que en el horizonte, es color azul. Piensa el alma—hispana—piensa con su hermana, que allí,